

La religiosa colombiana que participa en el sínodo del Vaticano con voz y voto



Iglesia católica

Liliana Franco es presidenta de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos.

Foto: [María Langarica](#)

Gloria Liliana Franco es una de las 54 religiosas que participan en este encuentro.

La antioqueña **Gloria Liliana Franco Echeverry** es religiosa de la **Compañía de María** y presidenta de la **Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos (Clar)**, un organismo católico que reúne a la vida religiosa del continente. Ella es una de las 54 mujeres que, por primera vez, tienen voz y voto en un **sínodo de obispos**.

En diálogo con EL TIEMPO, Franco comparte sobre el sentido de este encuentro –que se realiza desde el 4 hasta el 29 de octubre, en el Vaticano– y la Iglesia con la que sueña.

¿Qué es el sínodo?

La palabra ‘sínodo’ hace alusión a un camino que se recorre en compañía de otros. El sínodo de los obispos ha sido tradicionalmente entendido como un encuentro o asamblea donde se profundiza, desde la fe, en torno a una temática específica y se indaga por los cauces para servir mejor.

¿Cuál es la temática de este sínodo?

La temática es, justamente, la **sinodalidad**, es decir, el estilo de la Iglesia, en los aspectos que configuran su identidad: **comunión, servicio, liturgia y testimonio**. Por eso, el título es ‘Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión’. En este momento de la historia entendemos el sínodo como un proceso de escucha de la realidad para buscar juntos la voluntad de Dios. Esto supone varias fases y una de ellas es la asamblea sinodal, todo con miras a tomar decisiones que nos permitan anunciar mejor el amor de Dios.

Algunos creen que este sínodo va a traer grandes cambios a la Iglesia.

Creo que los cambios vendrán en la línea de una Iglesia más dispuesta a caminar con la consciencia de ser pueblo, el ‘pueblo de Dios’.

Siempre que nos encontramos de modo sincero y buscamos a Dios surgen caminos que nos permiten servir mejor, hay transformaciones. La escucha conduce a lo que en la Iglesia llamamos ‘conversión’. Creo que los cambios vendrán en la línea de **una Iglesia más dispuesta a caminar con la consciencia de ser pueblo**, el ‘pueblo de Dios’; en la que los modos de relación se establecen desde la cultura del cuidado y valorando la dignidad común de todos los bautizados. Concretamente, los cambios brotarán de la escucha y de las llamadas que tenemos a la corresponsabilidad, a la construcción colectiva, a un mayor compromiso con la evangelización y el desarrollo humano integral.

Hablar de dignidad entre los bautizados es como reivindicar la ‘ciudadanía’ de todos los católicos, más allá de la jerarquía...

Seguramente nos fortaleceremos en la consciencia del valor de cada una de las vocaciones en el interior de la Iglesia, se abrirán instancias de mayor participación y compromiso. Se fortalecerá la identidad de ‘**Iglesia en salida**’, ‘Iglesia misionera’, como lo pide el Papa.

Este sínodo se inició en 2021 y se extenderá hasta 2024. ¿A qué se debe esto?

Hay un deseo de fondo: escuchar al ‘pueblo de Dios’, es decir, a los bautizados, y esto toma tiempo. Estamos ante un proceso mucho más participativo en el cual se han recogido las voces de los distintos territorios. La primera fase ha sido la escucha diocesana; la segunda, la escucha continental; ahora

estamos en la escucha universal y habrá una etapa de vuelta, nuevamente a las **Iglesias diocesanas y continentales**. El proceso pretende asegurar una mayor participación y que todos podamos involucrarnos y dar nuestra palabra, que resuenen todas las voces, todos los contextos y las culturas, todas las sensibilidades. Lo que está en la raíz es la consciencia de que es necesario ensanchar la tienda para que exista lugar para todos y nos experimentemos corresponsables en la construcción del futuro de la Iglesia.

¿Qué significa para usted, como mujer, participar en el sínodo, una instancia usualmente reservada a los obispos?

Es una gracia de Dios. Él nos llama y nos confía misiones que nos sorprenden y nos desbordan, que puede repoblarnos de vida nueva y de mucha esperanza. Pero es también una responsabilidad. En este sínodo somos 54 mujeres con derecho a voz y voto y nos corresponde hacernos eco de la realidad de tantas mujeres que en el mundo entero son víctimas de la guerra, de la trata de personas, que migran de un lugar a otro anhelando posibilidades de vida mejor. Somos muy conscientes de que en nosotras están todas las que desean que se sigan abriendo posibilidades de participación y compromiso; las que con sencillez y en distintos rincones del mundo sostienen la Iglesia con su testimonio y su entrega. En el sínodo participo también desde mi identidad de mujer consagrada, muy unida a la vida religiosa que va dando sencilla y radicalmente la vida en las orillas más pobres de América Latina y el Caribe; mujeres y hombres a los que quiero y admiro porque su compromiso es radical.

No es la primera vez que usted participa en un sínodo...

Sí, no es la primera vez, ya había estado en el Sínodo de la Amazonia.

¿Ha cambiado algo en este sínodo?

En este hay un mayor énfasis en la necesidad de escuchar al ‘pueblo de Dios’ y, por ello, hay un cambio metodológico significativo. Estamos más conscientes de que el protagonista del proceso es el Señor y la dinámica del encuentro es movilizadora por la **conversación en el Espíritu**. El aula sinodal está organizada en pequeños círculos, comunidades de vida y de fe, que irán rotando a lo largo del mes y que posibilitarán encuentros en sinceridad y profundidad. La dinámica propone escucharnos con corazón limpio y pronunciar nuestra palabra con sinceridad, y hacerlo conscientes de que el protagonista de este proceso es el Espíritu de Jesús. Caminando juntos, queremos reconocer lo que Dios quiere de la Iglesia, así como los modos y los medios que nos permitan servir mejor. También en este sínodo, por primera vez en la historia, los miembros no obispos, incluidas las mujeres, tendremos la posibilidad de votar y esa es una posibilidad significativa, de participar activamente en la construcción de las opciones de la Iglesia para este milenio.

¿La Iglesia está dando pasos con relación a la participación de las mujeres en instancias de decisión?

En el fondo del deseo y el imperativo de una mayor presencia y participación de la mujer consagrada en la Iglesia no hay una ambición de poder o un sentimiento de inferioridad. Tampoco una búsqueda ególatra de reconocimiento. Hay un clamor por vivir en fidelidad el proyecto de Dios y que, en el pueblo con el cual él hizo alianza, todos se reconozcan en condición de hermanos. Se trata de un derecho a la participación y a la igual corresponsabilidad en los discernimientos y en la toma de decisiones, pero es

fundamentalmente un anhelo de vivir con consciencia y en coherencia, con la dignidad común que a todos da el bautismo, como ya había dicho.

La Iglesia tiene rostro de mujer: las asambleas, los grupos parroquiales, las celebraciones litúrgicas, los ministerios apostólicos de las comunidades, la calidad de la reflexión y la calidez de la entrega de la Iglesia se teje tantas y tan mayoritarias veces en el vientre de las mujeres. Las mujeres en la Iglesia abren caminos, posibilitan que entre aire nuevo a la Iglesia, lideran procesos y reflexiones, jalonan a la salida misionera, a la inserción en medio de los más pobres, a la transformación de actitudes, estructuras y formas.

¿Se están dando pasos en esta dirección?

En el pontificado del **papa Francisco** se han dado pasos significativos: **nombramiento de mujeres en cargos pontificios, cambios en el derecho canónico, creación de ministerios...** y se abre un camino de mayor participación.

¿Con qué tipo de Iglesia sueña?

La Iglesia no es una realidad inmóvil y finiquitada, es un proyecto que se va transformando, para hacerse más creíble y coherente, más significativa y evangélica. Desde la certeza de que estamos en camino y de que el Señor está haciendo ‘nuevas todas las cosas’ entre nosotros. Yo sueño con una Iglesia en la que nos sintamos hermanos, en la que existan canales permanentes para escucharnos y participar. Una Iglesia en misión, que camina con su pueblo, que sostiene la esperanza de los más pobres, que se solidariza con las víctimas, que dialoga con los jóvenes y ríe con los niños. Una Iglesia que conoce la realidad de su pueblo, que trabaja por la justicia y la paz, que profetiza y hace suyo el clamor de los más pequeños y vulnerados de la historia. Una que acoge y acompaña, que se sitúa desde la bondadosa cercanía. Una Iglesia que ora, que deja resonar la **Palabra de Dios**, cimentada en una sólida espiritualidad que anuncia la buena noticia de Jesús con su testimonio, más que con sus palabras. Una Iglesia que late al ritmo del Espíritu: de la sabiduría, la bondad, la ternura, la fortaleza, la creatividad, la parresía y la capacidad de dar la vida y enfrentar las situaciones con osadía.

¿La Iglesia se está abriendo a un nuevo tiempo?

Siento que todos en la Iglesia estamos llamados a ser vientre, casa, caricia, abrazo, palabra... Una Iglesia en la que ensanchemos la mesa, para que haya lugar para todos. La plenitud eclesial se alcanzará cuando se reconozca que todos tienen un lugar, que Jesús es quien convoca, que Él es el centro y el sentido de todo en el engranaje eclesial y que nos convoca a la construcción del reino, a la misión, a dar la vida.

ÓSCAR ELIZALDE PRADA*

Para EL TIEMPO

En X: @OscarElizaldeP

* Doctor en Comunicación Social. Consultor del Dicasterio para la Comunicación del Vaticano.

[Publicado en “El Tiempo”. Octubre 9 de 2023](#)